

Miércoles 1 de abril de 2020

¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?

Por el Prof. Germán Masserdotti

Luego de increpar al viento y de decirle al mar “¡Silencio! ¡Cállate!” y que el viento se aplacara y sobreviniera una gran calma, Jesús dijo a sus discípulos: “¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?” (*Mc* 4, 40).

El fragmento sobre la tempestad desatada en el Mar de Galilea fue el texto elegido para el “Momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia” del viernes 27 de marzo de 2020 que celebró el papa Francisco en el Atrio de la Basílica de San Pedro en Roma.

Para quien, como el que escribe, tuvo la gracia de conocer Roma, contemplar la *Piazza* de San Pedro “vacía” fue impactante. En esa *Piazza*, en la que acostumbran reunirse multitudes durante el verano romano para las Audiencias papales o para ceremonias solemnes como las beatificaciones y canonizaciones, estaban, de pie junto al Crucifijo de la iglesia de San Marcello al Corso, el papa Francisco, el maestro de ceremonias y algunos colaboradores.

No había nadie más “a la vista” porque, en realidad, debido a la Comunión de los Santos, numerosos sacerdotes, religiosos y fieles cristianos y, por qué no pensarlo, hombres curiosos de saber qué estaba pasando en esa *Piazza* abrazada por las columnatas de Bernini, se unieron a través de sus pantallas pudiendo participar de una ceremonia histórica.

“Los **braseros con fuego** evocaban la Roma de antaño, el **humo ascendía a un cielo** de azul cada vez más oscuro, la humilde **hermana agua cubría las losas** de la Plaza de San Pedro reflejando luces y colores y el mismo Papa Francisco recordó que **el escenario de piedra** marcaba el lugar de la tumba de Pedro, la piedra en la que Cristo edificó su Iglesia”, describió el portal español *Religión en*

Libertad (<https://www.religionenlibertad.com/vaticano/412622426/Bendicion-Urbi-et-Orbi-fuego-agua-aire-y-piedra-en-la-invocacion-al-Senor-de-los-elementos.html>).

“«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe –pronunció el papa Francisco en la Homilía–. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: «Convertíos», «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como *un momento de elección*. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio:

el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación —continuó el Papa—. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere”.

Una vez que rezó ante el Crucifijo de la de la iglesia de San Marcello al Corso y ante la imagen de la Virgen, *Salus Populi Romani*, trasladada desde la Basílica Santa María La Mayor, el papa Francisco asistió a la Exposición y Adoración del Santísimo Sacramento en el atrio de la Basílica de San Pedro. Se trató de un momento privilegiado de oración. El Coro de la Capilla Sixtina interpretó el *Adoro te devote* y el *Tantum ergo* en diversos momentos de la ceremonia. Luego de rezar las preces e invocaciones ante Santísimo Sacramento, el papa se dirigió hacia la *Piazza* atravesando la puertas de la Basílica. Impartió la Bendición *Urbi*

et Orbi de modo excepcional dado que, normalmente, se trata de una ceremonia que se celebra el Domingo de Pascua y en la Solemnidad de la Navidad.

Poco antes, durante la Homilía pronunciada en la *Piazza*, señaló: “«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (*Mt 28,5*). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cf. *1 P 5,7*)”.